

CAPÍTULO XX

Cómo se moría en Nápoles el año 1799

Esperaban á Salvato dentro del templo, cuatro hombres armados de pies á cabeza.

— ¡Padre mío! dijo Salvato á uno de ellos arrojándose en sus brazos.

— ¡No perdamos un instante! ¡Ven, ven!

— ¿No podremos salvar á nuestros compañeros?

— Ni pensarlo siquiera, dijo José Palmieri. Volemos al socorro de Luisa.

— ¡Ah! sí, salvémosla.

En tanto ofanse los culatazos de los soldados en la puerta, y José Palmieri arrastró con robusto brazo á su hijo hacia la puerta de la iglesia, que da á la calle de los Carreteros-del-Pendino.

Aguardábanles allí dos aldeanos de los Abruzzos con cuatro caballos: de los arzones pendían dos escopetas.

— Éste es el mío y ése el tuyo, dijo el padre José.

Aun no había concluido de hablar Palmieri, cuando ya su hijo estaba á caballo.

— Sígueme, continuó el padre rompiendo la marcha.

Al cabo de cinco minutos, saltan de Nápoles por la puerta de Nola, y merced á sus soberbias cabalgaduras, dejaron atrás á los dos hombres que los escoltaban, y se emboscaron en el valle de las Horcas-Caudinas.

Dijimos que Tomeo se había apoderado del brazo de Miguel.

Armóse una refriega entre los lazzaronis, que querían descuartizarle por haber deshonrado su cuerpo, endosando el uniforme francés, y el condenado, que prefería morir en la horca á ser hecho trizas; pero al fin los soldados lograron sacarle cubierto de heridas, y fué preciso servirse de la carreta que obstruía el camino para conducirlo al patíbulo.

Las pesquisas para hallar á Salvato fueron infructuosas y se perdió un cuarto de hora durante el cual ningún condenado trató de huir.

Pusiéronse en marcha al fin, y llegaron á la calle de los Suspiros del Abismo, desde donde se veían los instrumentos del suplicio, que se habían levantado en medio de la plaza del Mercado Viejo.

Había seis horcas y una guillotina.

Una de las horcas era diez pies más alta que las demás.

Un pensamiento obsceno la había destinado á Leonor Pimentel.

Como se ve, el rey de Nápoles daba gusto en cuanto le era posible, á sus buenos lazzaronis.

En la esquina del *vico della Conciaria* aguarbaba un hombre, horriblemente mutilado, y en estado de debilidad extrema.

Era el *beccaio*.

Al saber el juicio y la sentencia de Salvato, sacó fuerzas de flaqueza para tener el gusto de verle ahorcar.

— ¿Dónde está el jacobino? ¿dónde está ese miserable, ese bandolero? gritaba pugnando por abrirse paso entre los soldados.

Reconoció la voz Miguel, y á pesar de estar moribundo, se incorporó en el carro, y le dijo con sarcasmo:

— Si vienes para ver ahorcar al general Salvato, te has molestado en balde. Échale un galgo, *beccaio*: está salvado.

— ¡Salvado! exclamó el *beccaio*. ¡Imposible!

— Pregúntalo sino á esos señores y mira qué gesto ponen. Pero aún puedes correr tras él y echarle el guante si puedes.

El *beccaio* lanzó un rugido de rabia; la venganza se le escapaba otra vez de entre las manos.

— ¡Atrás! gritaron los soldados, rechazándole á culatazos, y el cortejo siguió su camino.

Llegaron al pie de los patíbulos en donde esperaba un escribano para leer las sentencias, que fueron acogidas entre denuestos y rechiflas por la multitud.

Adelantóse el verdugo, y al verle Cirillo y Manthonnet, dieron un paso hacia él.

— ¿Á quién se ha de ahorcar primero? preguntó maese Donato.

Manthonnet cogió del suelo dos pajas desiguales, y se las presentó á Cirillo, que sacó la más larga.

— Gané, dijo Manthonnet.

Y se entregó al verdugo, exclamando cuando tenía ya la cuerda al cuello:

— Pueblo que hoy nos insultas, un día vengarás á los que mueren por la patria.

Maese Donato le empujó fuera de la escala, y su cuerpo se balanceó en el vacío.

Llegó su vez á Cirillo, que también quiso decir algunas palabras; pero no le dió tiempo el verdugo, y pataleó en el aire al lado de Manthonnet.

Adelantóse en seguida Leonor Pimentel.

— Aun no os toca, dijo brutalmente el verdugo,

y vieron que tenía á uno que al llegar al pie del patíbulo dijo:

— Trataré de subir solo, no crean que es el miedo y no las heridas lo que me quita la fuerza.

Y subiendo con resolución, el verdugo no necesitó más que darle un rodillazo para lanzarlo en el aire sin darle más tiempo que para pronunciar el nombre de Nanno.

Todas estas ejecuciones habían sido acogidas por la muchedumbre con frenéticos aplausos y gritos de furor; pero la que con más impaciencia se esperaba, era la de Leonor Pimentel. Le heroína había recobrado su tranquilidad, turbada un instante á la vista de aquella horca más alta que las otras, no por falta de ánimo, sino por un sentimiento de pudor.

— Señora, le dijo el verdugo suavizando la voz, tengo orden de suspender vuestra ejecución si pedís gracia.

— ¡Pedidla! ¡pedidla! repitieron en torno suyo los penitentes.

Sonrió la dama á estas muestras de simpatía, y dijo:

— ¿Si pido otra cosa que la vida, me la concederán?

— Tal vez, respondió maese Donato.

— Pues que me den unos calzones.

— ¡Bravo! exclamó Caraffa, no hubiera hablado mejor una espartana.

El verdugo miró al escribano: esperaban una cobardía de la mujer... y lograron una respuesta sublime de la heroína.

El escribano hizo una señal.

Maese Donato puso su mano inmunda en las desnudas espaldas de Leonor, y la atrajo hacia la horca más elevada: midiendo entonces la altura con una mirada, y volviéndose á los espectadores dijo la dama:

— En nombre del pudor, ¿no hay una madre de familia que me dé un medio de libertarme de tal infamia?

Una mujer le arrojó una aguja de plata con que sujetaba sus cabellos.

Leonor lanzó un grito de gozo, é improvisó con sus faldas un pantalón que sujetó con la aguja á la altura de las rodillas. Subió en seguida con pie firme la escala, recitando la marsellesa napolitana; pero antes que concluyera el cuarto verso, su noble alma había volado al cielo.

Todas las horcas estaban ocupadas, menos la destinada á Salvato, y sólo faltaba guillotinar al conde de Ruvo.

— Por fin llegó mi vez, dijo, y me han asegurado que si lo pido me concederán un favor.

— Pedidle.

— Que me guillotinen boca arriba, para ver caer la cuchilla.

Maese Donato miró al escribano, que le hizo un signo afirmativo.

— Como quieras, respondió el verdugo.

Entonces Héctor Caraffa subió con presteza las gradas del cadalso, y al llegar á la plataforma se tendió de espaldas sobre la trampa : atáronle, le empujaron bajo la cuchilla, y como el verdugo, asombrado quizás de tan indómito valor, tardase un instante en cumplir su terrible deber :

— ¡ *Taglia dunque per Dio !* dijo la víctima, y la fatal cuchilla cayó sobre el cuello de Caraffa.

CAPÍTULO XXI

La goleta the Runner

Tres meses transcurrieron desde los acontecimientos que acabamos de referir.

Nelsón había salido de Nápoles : Ruffo, licenciando su ejército, se fué á Venecia á dar en el conclave un sucesor á Pío VI.

En cuanto la restauración estuvo asegurada, comenzaron las recompensas. Dieron á Nelsón la espada de Felipe V, el ducado de Bronte y 75,000 libras de renta : al cardenal Ruffo otra renta vitalicia de 15,000 ducados : á su hermano una pensión de 3,000 : á Fra-Diávolo los títulos de coronel y de duque de Cassano. Por último, Pronio, Mammone y Sciarpa fueron nombrados coroneles y barones con pensiones y tierras.

Además, para recompensar los nuevos servicios se instituyó la orden de San Fernando y de mérito, de la que fué Nelsón primer dignatario.

Y para recompensarse á sí mismo, el rey Fernando mandó ir de Roma á Cánova á que hiciese su estatua, en forma de Minerva.

Como el viento soplaba en popa á la monarquía, la princesa estaba en cinta, y en la expectativa de que pariría un príncipe, se preparaban en Palermo grandes fiestas.

En tanto la San Felice esperaba la hora de su alumbramiento, que debía preceder á la de su muerte, en un hediondo calabozo, porque el rey Fernando, con la crueldad brutal que le caracterizaba, la hizo registrar por su médico Villaré, para saber la época del parto, y preparar el cadalso de la madre junto á la cuna del hijo.

El alumbramiento de la princesa, que había de dar un heredero al trono, debía preceder breves semanas al de la condenada, que había de dar una víctima al verdugo.

En el orden cronológico de estos sucesos, cifraba su última esperanza el caballero de San Felice.

En efecto, terminada su misericordiosa misión en Nápoles, salvado el honor de su esposa, volvió á Palermo cerca del duque de Calabria, en su puesto acostumbrado.

Mandóle llamar el duque el día de su llegada y díjole alargándole la mano :

— Querido San Felice, cuando solicitasteis permiso para ir á Nápoles os le concedí sin preguntaros el motivo que os llamaba; pero hoy corren mil rumores acerca de vuestro viaje y espero que habléis con franqueza, no al príncipe, sino al amigo. Sabéis cuánto os estimo y que si puedo serviros lo haré con todo mi corazón.

Quiso el caballero doblar la rodilla, pero el príncipe le recibió en sus brazos.

Contóselo todo San Felice : su amistad con el príncipe Caramanico, la promesa que le hizo en su lecho de muerte, su enlace con Luisa, todo, excepto la confesión de ésta ; de modo que á los ojos del príncipe la paternidad del caballero no era dudosa, y concluyó, protestando de la inocencia política de Luisa, por pedir al príncipe su gracia.

Conocía éste el carácter cruel y vengativo de su padre y se quedó pensativo. Sabedor del juramento que había hecho, comprendía cuán difícil le sería inducirle á infringirlo.

Pero como si una idea repentina le hubiera iluminado, dijo :

— Espérame. En asunto tan grave, será prudente consultar á mi esposa, que es buena consejera.

Y entró en su alcoba.

Al cabo de cinco minutos asomó el príncipe la cabeza, y llamó al caballero.

En aquel mismo momento fondeaba una goleta cerca de Castellamare, convertido hacía poco tiempo en prisión de Estado.

Era una goleta americana, *the Runner*, á la que fué á visitar la Sanidad, cambiando con ella las preguntas y respuestas acostumbradas.

— ¡Ah de la goleta! ¿de dónde vienes?

— De Malta.

— ¿Directamente?

— Hemos tocado en Marsala.

— Veamos la patente.

Examinóse ésta, y fué devuelta con las precauciones usuales.

— Bien, dijo el empleado. Echad el bote al agua y venid á la Sanidad.

Hicieronlo así, y desembarcaron en el edificio llamado de la *Salute*.

CAPÍTULO XXII

La mujer y el marido

Había obtenido del príncipe el caballero de San Felice una recomendación para que el prefecto de policía le permitiese ver á la infeliz prisionera.

Concediósele esta gracia, pero bajo promesa del mayor secreto, por haber encomendado el mismo rey la cautiva á la severidad del prefecto.

Así es que sólo debía verla el caballero de diez á once de la noche.

Contó San Felice al príncipe de vuelta á su palacio, los rumores que corrían entre la policía acerca del encuentro que había tenido la goleta americana en alta mar con el general Bonaparte.

Era perspicaz el príncipe, y no se le ocultaron las consecuencias de semejante vuelta, y para mejor cerciorarse de la verdad del caso, envió á

San Felice á bordo del buque americano, encargándole que si necesario fuera le presentase al capitán yankee.

Ocultó, pues, con cuidado su licencia para penetrar en la prisión, fletó un bote, y con su dulzura acostumbrada, dijo á los marineros que le condujesen á la goleta americana.

La guardia del buque era muy severa: el marinero de cuarto, al ver que se acercaba un esquife, previno al capitán, que subió precipitadamente á cubierta, acompañado de un joven de veinticinco á ventiocho años. Pero al primer golpe de vista vieron en la canoa á San Felice, hablaron entre sí con cierta inquietud y asombro, y el joven desapareció por la escala de la cámara.

Esperó el capitán.

Aunque sólo le faltaba subir dos escalones para poner el pie en el puente, San Felice se detuvo y pidió en inglés permiso para entrar; pero el capitán la atrajo hacia sí y le llevó á popa.

Asombrado estaba el caballero de tan extraña acogida, que por otra parte nada tenía de hostil, y contemplaba al americano con interrogadora mirada.

Éste le dijo en excelente italiano:

— Gracias, caballero, por no haberme recono-

cido, lo cual me prueba que no es malo mi disfraz, aunque los ojos de un amigo son con frecuencia menos perspicaces que los del enemigo.

Seguía fijando la vista el caballero en el capitán, reconcentrando sus recuerdos; pero no sabía dónde había podido ver tan noble y expresiva fisonomía.

— Voy á ayudar vuestra memoria, dijo el supuesto americano, con un recuerdo tan triste como noble. Yo estaba en el tribunal del Monte Olivete, cuando salvasteis la vida á vuestra esposa. Un fraile benedictino se os acercó al salir del tribunal. Era yo.

San Felice dió un paso atrás, palideciendo:

— Entonces, murmuró, ¿sois su padre?

— Sí. ¿Recordáis lo que me dijisteis al haceros aquella semi-confidencia?

— Os dije: « Hagamos cuanto sea posible por salvarla. »

— ¿Y hoy?

— Os lo repito con toda mi alma.

— Pues á eso he venido, respondió el capitán.

— Espero lograrlo esta noche, repuso el caballero.

— ¿Queréis enterarme de vuestras tentativas?

— Os lo prometo.

— ¿Qué motivo os trae aquí, puesto que no me habéis reconocido?

— Una orden del príncipe. Corren rumores de que traéis noticias graves, y me envía para conducirlos ante el rey. ¿Os repugnaría presentaros á S. M.?

— Nada me repugna de cuanto pueda favorecer vuestros planes, y me alegro poder desviar las miradas de la policía del objeto que aquí me trae. Además, difícilmente reconocerá en este traje y condición al hermano José, cirujano del convento del Monte Cassino. Y aunque me reconozca no sabrá lo que vengo á hacer en Palermo.

— Escuchadme.

— Soy todo oídos.

— Mientras os recibe el rey, veré yo á la prisionera. Le participaré el plan concertado entre el príncipe, la princesa y yo. Ya os diré esta noche el proyecto: si sale bien, nada tendréis que hacer, y la pena capital de esa infeliz se trocará en destierro. Dios se le dé, pues es nuestra felicidad. Si fracasa, confieso que su única esperanza sois vos, y entonces me diréis qué debo hacer. Cooperación activa, ó ardientes votos, á todo tenéis derecho. He sacrificado mi ventura á la suya, y estoy

pronto á sacrificar también mi vida por salvarla.

— Ya lo sabemos, sois el ángel de la abnegación.

— Es mi deber, y en esta misma ciudad hice la promesa que cumplo hoy. Sobre poco más ó menos, saldréis de palacio á la misma hora que yo de la cárcel.

— El que esté libre primero, esperará al otro en la plaza de los Cuatro Cantones.

— Convenido.

— Ahora, venid.

— Voy á dar una orden y vuelvo.

Fácilmente se explica el sentimiento de delicadeza que alejó á Salvato del caballero; pero su padre, comprendiendo la angustia que debía sufrir, no quiso dejar el buque sin participarle lo que sabía.

Si la primera empresa fracasaba, quedábale á Salvato la esperanza de servirse con ayuda de su padre, de algún audaz golpe de mano en favor de Luisa, por el estilo del que á él mismo le salvó.

Dió el fingido capitán sus órdenes y tomó asiento en el bote al lado del caballero.

Á las diez en punto llamaba San Felice á la puerta de la prisión de Estado.

Presentóse al gobernador, que, como militar, estaba exento de las pasiones mezquinas que en

las cárceles civiles se pliegan á los odios del poder. Recibióle el coronel con finura, enteróse de su misión y dió orden al carcelero de que le llevase al cuarto de la prisionera.

Y al ver que el permiso había sido concedido á solicitud del príncipe, y reconociendo en San Felice uno de los huéspedes familiares de palacio, le dijo al separarse :

— Ruego á Vuestra Excelencia ponga mis más humildes respetos á los pies de Su Alteza Real.

Prometió el caballero, sensible á tanta cortesía, no sólo cumplir su encargo, sino recomendarle al príncipe como se merecía.

Viendo el carcelero las deferencias del gobernador con San Felice, le condujo con toda clase de miramientos al cuarto de Luisa, situado en el segundo piso de una torre.

Á medida que subía, sentía oprimírsele el corazón. No había visto á Luisa desde el día de la sentencia del tribunal, y era grande la emoción que experimentaba al pensar que iba á hallarse en su presencia. Así es que cuando el carcelero fué á dar vuelta á la llave, le tocó en el hombro, diciéndole :

— Amigo, por favor, un instante...

Detúvose el carcelero, y San Felice se apoyó contra la pared porque se le doblaban las rodillas.

Los sentidos de los prisioneros adquirieron en el silencio, la soledad y la sombra una exquisita delicadeza.

Luisa oyó pasos en la escalera y comprendió que alguien se había parado á su puerta.

Como no era la hora habitual de la visita, levantóse del lecho en que se había echado vestida, y con oído atento escuchó, tratando de adivinar quién venía á visitarla tan á deshora.

No ignoraba que su existencia estaba protegida por el ángel que llevaba en su seno, pero contaba con terror los días é iba ya á cumplirse su séptimo mes.

Por fin, San Felice dijo al carcelero sacando fuerzas de flaqueza :

— Abrid ya.

Apenas acababa de proferir estas palabras, cuando creyó oír un grito detrás de la puerta ; pero quedó ahogado con el ruido de la llave en la cerradura. Abrióse la puerta y San Felice se quedó parado junto á ella.

En medio del cuarto, y bañada por los rayos de la luna que penetraban por las rejas de la ventana, estaba Luisa de rodillas, vestida de blanco, suelto el cabello, con los brazos caídos y semejante á la Magdalena de Cánova.

Antes de abrirse la puerta, había reconocido la voz de su esposo y le esperaba como la mujer adúltera á Jesús.

Á su vez el caballero dió un grito, la levantó en sus brazos, y la llevó á su lecho medio desvanecida.

Cerró la puerta el carcelero, diciendo :

— Cuando oiga Vuestra Excelencia las once...

— Bien, respondió San Felice sin dejarle terminar la frase.

Quedó el cuarto sin más luz que la claridad de la luna, que fué poco á poco acercándose á los dos esposos, ó mejor dicho, al padre y á la hija, porque nada más paternal que el beso con que selló Luciano la frente de Luisa, nada más filial que el abrazo con que trémula Luisa estrechó á Luciano.

Ni uno ni otro proferían una palabra, y sólo se oían ahogados sollozos.

Comprendió el caballero que no era sólo la vergüenza la causa de los sollozos de Luisa, sino la suerte de Salvato, y cuya sentencia había oído pronunciar sin saber lo que de él había sido.

Hizo en aquel instante un movimiento tan violento la criatura en el seno de su madre, que Luisa no pudo contener un grito. Notólo el caballero y se estremeció de pies á cabeza; pero con voz dulce, exclamó :

— Tranquilízate, inocente criatura; tu padre vive, está libre y no corre ningún riesgo.

— ¡Oh! Luciano, Luciano, exclamó Luisa, cayendo á los pies de San Felice.

— Pero he venido aquí, continuó el caballero, para hablar de él y de ti, hija mía.

— ¿ De él y de mí ?

— Sí, queremos salvarte.

Luisa meneó la cabeza en ademán negativo.

— Lo sé, respondió San Felice comprendiendo su pensamiento. Estás condenada por el rey; pero contamos con un medio para obtener tu gracia.

— ¡ Mi gracia ! ¿ tenéis medio de conseguirla ? Y volvió á menear la cabeza del mismo modo.

— Sí, respondió San Felice. Sabes que la princesa está en cinta.

— ¡ Feliz madre ! no espera con horror el día en que ha de ver á su hijo.

Y prorrumpió en sollozos.

— Espera, espera, y ruega á Dios por su feliz alumbramiento, que ese día será el de tu libertad.

— Os escucho, dijo Luisa dejando caer la cabeza en el pecho de su esposo.

— Sabes, continuó éste, que cuando la princesa real da á luz un varón, tiene derecho á pedir tres gracias, que jamás le son negadas.

— Sí, lo sé.

— Pues bien, ese día la princesa, en lugar de tres gracias, pedirá sólo la tuya.

— Y ¿si da á luz una hembra?

— ¡ Una hembra ! ¡ una hembra ! exclamó San Felice, que no había caído en ello. ¡ Imposible ! no lo permitirá Dios.

— ¡ Sin embargo, ha permitido que yo sea condenada, injustamente ! repuso Luisa, sonriendo con amargura.

— ¡ Es una prueba, exclamó el caballero, y vivimos en un mundo de pruebas !

— ¿ Y esa es vuestra sola esperanza ?

— Desgraciadamente no hay otra ; ¡ pero no importa ! Toma.

Y sacó un papel del bolsillo, añadiendo :

— He aquí una súplica redactada por el duque y escrita por su esposa, firmala y esperemos en Dios.

— No tengo pluma ni papel.

— Aquí los traigo.

Y sacando un tintero y mojado una pluma, condujo á Luisa, sosteniéndola, hasta la ventana para que firmase á la claridad de la luna.

Luisa firmó.

— Bien, dijo San Felice, levantando la cabeza ;

te voy á dejar papel, pluma y tinta, que podrán serte útiles : ocúltalos donde puedas.

— Sí, sí, dádmelos. ¡ Qué bueno sois, ! pensáis en todo ; pero, ¿ qué tenéis y qué miráis ?

En efecto, las miradas del caballero estaban fijas en la parte del puerto que se descubría por la ventana.

Á unos cuarenta pasos de la prisión se mecía en las olas la goleta americana.

— ¡ Milagro del cielo ! murmuró el caballero. Empiezo á creer que está destinado á salvarte.

Paseábase por la cubierta un hombre que de cuando en cuando dirigía pertinaces miradas á la fortaleza, como queriendo ver al través de sus murallas.

Oyóse en aquel instante rechinar la llave en la cerradura y dieron las once.

Cogió el caballero entre sus manos la cabeza de Luisa, y dirigiendo otra mirada á la goleta, dijo :

— ¿ Ves aquel hombre ?

— Sí.

— Es él.

— ¿ Quién ? preguntó estremeciéndose Luisa.

— Quien te salvará si no te salvo yo.

Y besándola en la frente, añadió :

— ¡ Pero yo te salvaré ! ¡ yo te salvaré !

Y salió de la prisión.

CAPÍTULO XXIII

Secundarios acontecimientos agrupados en torno de los nuestros

Condujo el carcelero á San Felice por la escalera, con las mismas muestras de atención que cuando entró, y al llegar al patio dióle el caballero algunas monedas de oro. Recibiólas el carcelero con aire melancólico y meneando la cabeza.

— Poco es, dijo San Felice, pero descuida, me acordaré de ti, si tienes toda clase de atenciones con tu pobre prisionera.

— Lejos estoy de quejarme de Vuestra Excelencia; pero si quisierais con una sola palabra haríais más que yo por ella.

— Y ¿qué debo hacer?

— Tengo un hijo, y á pesar de todos mis esfuerzos, no he logrado que entre de carcelero en la fortaleza: si lo fuese, él se encargaría especialmente de atender á esa señora, lo que yo

no puedo hacer por tener la inspección general.

— No deseo otra cosa, dijo San Felice, pensando cuánto partido podría sacar de esta circunstancia. ¿De quién depende su nombramiento?

— Del jefe de la policía.

— ¿Te has dirigido á él?

— Sí, pero Su Excelencia comprende... (é hizo la acción de un hombre que cuenta dinero) no soy rico.

— Bien, haz tu petición y envíamela.

— Aquí está; contando con la bondad de Vuestra Excelencia, la he escrito mientras estabais en el cuarto de la prisionera.

— Cuenta conmigo, y no será culpa mía si no se consigue lo que desees. Si me necesitas, ven al palacio de Su Alteza el duque de Calabria, y pregunta por el caballero San Felice.

Y guardando la petición se dirigió á la plaza de los Cuatro Cantones, en donde le esperaba el capitán americano.

Contó José Palmieri su visita, congratulándose por la buena acogida que había tenido, y sobre todo, por estar seguro de poder seguir fondeado cerca de la fortaleza.

Participóle también el caballero sus planes, y le presentó á mayor abundamiento la solicitud de

gracia redactada por el duque; pero se equivocó, dándole en su lugar la petición del carcelero.

No era José Palmieri hombre que despreciaba la menor circunstancia que pudiera serle útil: enteróse, pues, de la dirección del futuro carcelero, *Tonino Monti, via della Salute, núm. 7*, y devolvió la petición al caballero, diciéndole:

— Os habéis equivocado.

Registró el caballero su bolsillo y halló en efecto la súplica de Luisa.

Leyóla Palmieri atentamente, y dijo:

— Si Fernando tiene corazón, hay esperanza; pero lo dudo.

Y le entregó la solicitud.

— ¿Cuándo se espera el alumbramiento de la princesa?

— De un día á otro.

— Esperemos, pues; pero, ¿y si el rey se niega ó si la princesa da á luz una niña?

— Entonces, recibiréis la súplica hecha pedazos y obraréis como queráis: ó esta sola palabra, SALVADA, os dirá cuánto queráis saber. Pero prometed que hasta entonces no daréis ningún paso.

— Corriente; mas, ¿me permitiréis que estudiemos topográficamente la ventana del cuarto de la prisionera?

Por toda respuesta estrechó el caballero la mano de su interlocutor con un movimiento enérgico y convulsivo.

— ¡La juventud es muy poderosa á los ojos de Dios! añadió. La ventana da directamente en frente de la goleta.

Y se alejó con rapidez embozado en la capa.

El caballero no se había engañado, y por aquella vez aún, los simpáticos efluvios de la juventud habían dividido sus corrientes magnéticas. Apenas San Felice dejó el calabozo de Luisa, después de haberle hecho notar á aquel hombre que al pie de de la fortaleza y á algunas brazas de ella, se paseaba pensativo sobre el puente de la goleta, cuando Salvato, porque era él mismo, creyó oír su nombre, llevado por la brisa de la noche. Levantó la cabeza, no vió nada y creyó haberse engañado; pero el mismo sonido fué por segunda vez á sacarle de su meditación.

Fijó su vista en la sombría abertura que se dibujaba en la parda muralla, y á través de sus barrotes creyó ver agitarse una mano y un pañuelo.

Un grito salió de su pecho, otro se escapó del corazón de la prisionera; y las ondas gimieron nuevamente, agitadas por estas dos sílabas: ¡Luisa!

El pañuelo flotó un instante en el aire y cayó al

pie de la muralla; pero Salvato tuvo la prudencia de esperar un momento más, y seguro de que nadie había observado lo sucedido, y sin prevenir á la tripulación, entró en el bote, y como pescador que va á tender sus redes, se acercó á la playa.

Un espacio de diez metros separaba el muelle de la muralla de la prisión, y la suerte quiso que no hubiese allí ningún centinela. Salvato amarró con presteza su bote al muelle, dió un salto y se encontró al pie del muro, cogió el pañuelo y volvióse al bote; mas aun no había empezado á remar, cuando oyó los pasos de una patrulla. En vez de alejarse del muelle, lo que hubiera dado lugar á suposiciones, ocultó el pañuelo en el pecho é hizo con su red un movimiento de alto á bajo, como si pescara con palangre.

La patrulla apareció al pie de la torre, y el sargento que la mandaba salió de la fila y se acercó al bote:

—¿Qué haces? preguntó á Salvato.

Éste dejó repetir la pregunta como si no la hubiese oído.

—Ya los veis, contestó con acento inglés muy pronunciado, estoy pescando.

Aunque los sicilianos aborrecen á los ingleses, éstos debían á la presencia de Nelson ciertas consi-

deraciones que no se tenían á las demás naciones.

—Está prohibido amarrar botes al muelle, respondió el jefe de la patrulla; en el puerto hay espacio para pescar. Largo de aquí, amiguito.

Salvato dejó oír un gruñido de mal humor, sacó del fondo del mar su palangre, en el que encontró un calamar y remó hacia la goleta.

—¡Bueno! dijo el sargento reuniéndose con su gente. Ése lleva una buena pesca, que le agradará más que su ración de carne salada.

Y satisfecho de su ingeniosa ocurrencia, desapareció un instante bajo una bóveda, exploró su sombría profundidad, reapareció y continuó su ronda por fuera del muro.

Salvato se había ya metido en la goleta, besando el pañuelo marcado con una L., una S. y una F.

En una de las cuatro puntas había un nudo y dentro del nudo un papel en el que se leían estas palabras:

«¡Te he reconocido, te veo, te amo! Este es el primer momento de felicidad que experimento desde que te dejé. Perdonadme, Dios mío, si esperó en vos porque espero en él. — *Tu Luisa.*»

Salvato volvió á subir á cubierta, y dirigió su vista inmediatamente á la ventana. La mano blanca

se destacaba entre las negras barras de hierro. Salvato sacó el pañuelo y le besó, y su nombre vino de nuevo á halagar su oído.

Pero Salvato hubiese sido imprudente, si, en noche tan clara, hubiera continuado este cambio de señas: sentóse, pues, y permaneció inmóvil, mientras que á través de la doble reja, su vista habituada á las tinieblas, distinguía la blanca aparición, hacia la cual no dirigió más su mano.

Poco después se oyó ruido de remos, y apareció entre el laberinto de naves que cubría el puerto, una barca que se detuvo al pie de la escala de la goleta.

Era José Palmieri.

— ¡Buena noticia! exclamó en inglés Salvato, abrazando á su padre. ¡Ella está allí, allí, en aquella ventana! ¡Ved aquí su pañuelo y una carta!

José Palmieri sonrió y murmuró:

— ¡Oh, pobre caballero! Teníais razón al decir que la juventud es poderosa delante de Dios.

CAPÍTULO XXIV

El nacimiento de un príncipe real.

Algunos días después de los sucesos que acabamos de referir, el rey, escoltado por su fiel Júpiter, cazaba codornices á tiro en los jardines de la Baquería, hacia la pendiente septentrional de las colinas que se elevan á alguna distancia de la playa.

Llevaba consigo los dos compañeros más á propósito para este género de diversiones, que era tan buenos tiradores como él; sir Hamilton y el presidente Cardillo.

La caza era magnífica, por ser aquel el tiempo en que las codornices vuelven del Norte. Como todo cazador sabe, estas aves hacen dos viajes; en los meses de Abril y Mayo van del Mediodía al Norte, y en esta época están flacas. En los meses de Septiembre y Octubre están, por el contrario, gordas y succulentas, sobre todo en Sicilia, que es el